

CRONICA

El Centenario de la Academia

El 18 de febrero de 1905, por un decreto supremo, firmado por el presidente de la República, José Pardo Barreda, y el ministro de Justicia e Instrucción, Jorge Polar, fue creado el Instituto Histórico del Perú. El 24 de diciembre de 1962 el Gobierno aprobó los nuevos estatutos de la corporación, en los que se establece que el Instituto Histórico del Perú "es la Academia Nacional de la Historia".

En conmemoración de la fecha fundacional se llevaron a cabo diversas ceremonias y actos celebratorios que deseamos destacar en esta nota.

Con asistencia de dieciséis miembros de número y tres miembros correspondientes, el 18 de febrero de 2005 se ofició un acto religioso de acción de gracias en el altar de los santos peruanos, en la basílica del Rosario (templo de Santo Domingo). La Eucaristía fue concelebrada por los tres sacerdotes miembros de número de la Academia: padres Armando Nieto Vélez S.J., Julián Heras Díez O.F.M. y Antonio San Cristóbal Sebastián C.M.F. Fueron recordados los miembros fallecidos, especialmente los sacerdotes del antiguo Instituto Histórico del Perú: Carlos García Irigoyen y Manuel Segundo Ballón, obispos de Trujillo y Arequipa respectivamente; Domingo Angulo O.P., prior y restaurador del convento dominico; Rubén Vargas Ugarte S.J., Pedro Villar Córdova y Víctor Barriga, O. de M.

El 24 de febrero tuvo lugar el acto de homenaje del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú a la Academia. La ceremonia fue presidida por el general Herrmann Hamann Carrillo, quien exaltó la trayectoria de nuestra institución. También se inauguró la galería de retratos de historiadores peruanos y se designó como miembro de honor del CEHMP al doctor Guillermo Lohmann Villena.

El 5 de julio se llevó a cabo el homenaje del Congreso de la República. En el hemiciclo que lleva el nombre de nuestro antiguo consocio Raúl Porras Barrene-

chea, intervinieron en representación del Parlamento nacional los congresistas Luis Alva Castro, Judith de la Mata, segunda Vicepresidenta del Congreso, y Elvira de la Puente, así como el representante del ministro de Educación, Ernesto Yépez del Castillo.

El discurso de orden fue leído por el académico P. Armando Nieto Vélez S.J., quien desarrolló el tema "La enseñanza de la historia y la identidad nacional", cuyo texto se transcribe a continuación.

Discurso del P. Armando Nieto Vélez

Nació el Instituto Histórico del Perú cuando aún nuestro país no había convalidado del todo de las graves heridas –físicas y morales– de la Guerra del 79. En una página inolvidable de su *Historia de la República* ha descrito Jorge Basadre lo que significaron esos duros años. La guerra –dice Basadre– “encendió todo el territorio, desde el sur hasta el norte, desde la costa hasta la sierra. Implicó una enorme pérdida fiscal, y penetró en la esfera económica e industrial, en las ciudades, en los villorrios y en los campos, en los hogares y hasta en las comunidades indígenas. No hubo existencia de contemporáneo, joven o viejo, varón o mujer, que de un modo u otro no resultara tocado por este drama... Al terminar la pesadilla de la guerra y de la ocupación, el país seguía viviendo. Pero era un país exangüe, amputado, dolorido. En suma, un país yacente... El Perú ya no tenía escuadra. Los restos desmembrados de su ejército combatían entre sí”. Sobre la educación en esos años agobiantes añade Basadre: “Defectos de organización, dificultades económicas, trabas en el funcionamiento de los concejos departamentales y de las municipalidades... corroían el sistema educativo en la época en que estalló la guerra. En 1883 los planteles de enseñanza presentaban, en su mayor parte, un conjunto de ruinas materiales con los edificios, gabinetes, museos, archivos y mobiliario destruidos, maltrechos o perdidos... Había todavía algo peor que la desolación inmediata, la angustia económica privada y pública, la debilidad, la soledad y las asechanzas de los países vecinos: era el complejo de inferioridad, el empequeñecimiento espiritual, perdurable jugo venenoso destilado por la guerra, la derrota y la ocupación” (tomo VI de la ed. de 1962, cap. 107, I). “Y, sin embargo, no obstante tremendas desgracias y graves peligros, se afirmaron al fin, una vez más, a pesar de todo, el destino de libertad y de independencia y la soberanía del Perú. Y el Perú siguió siendo el Perú” (cap. 106, IV).

La cita ha sido larga, pero sirve para apreciar y agradecer el esfuerzo de los hombres y mujeres que no se doblegaron ante el infortunio. En la vida de la cultura surgieron valiosas iniciativas que debían plasmarse no en esfuerzos indi-

viduales y aislados sino en entidades perdurables: las instituciones. Aparecen así la Sociedad Geográfica de Lima, la Academia de la Lengua, la Academia Nacional de Medicina, el Ateneo de Lima; se van restableciendo también la Universidad de San Marcos, la Biblioteca Nacional, el Colegio de Guadalupe y otras entidades. En esa lista se inscribe, desde el 18 de febrero de 1905, nuestra Corporación.

Entre sus finalidades se destaca la principal, “cultivar y promover el estudio de la Historia Nacional” (art. 1). Los 123 académicos que a lo largo del siglo han integrado nuestra fila intentaron cumplir esos altos objetivos por medio de la investigación, pero también –y son mayoría–, por la entrega al trabajo de la enseñanza, ya sea en las aulas universitarias o en las escolares, o en unas y otras durante largos años de sus vidas.

Todos ellos se hallaban plenamente convencidos de la relación estrecha que existe entre el conocimiento histórico y el fortalecimiento de la identidad nacional; entre la enseñanza de la historia patria y la conciencia de ser peruanos. Y, al contrario, intuían que el desconocimiento de la historia prepara generaciones desarraigadas de la tierra en que nacieron; peor todavía, generaciones derrotistas o indiferentes.

Sin duda la generación que sintió más en carne viva esa necesidad de estudiar profundamente la realidad del Perú ha sido la llamada “generación del Novecientos”, que creció en el desamparo y en los agobios acarreados por la guerra. No es coincidencia que académicos como Víctor Andrés Belaunde, Julio C. Tello, José de la Riva-Agüero y Rubén Vargas Ugarte eligieran el camino de los estudios peruanistas, claves para la comprensión de nuestra identidad.

Sus libros y sus enseñanzas constituyen un valioso magisterio, que hoy merece recordarse con gratitud, –como tesoro de familia–, del que me permitiré citar significativos testimonios.

En el famoso epílogo de su tesis doctoral de 1910, Riva-Agüero ha precisado de modo admirable la estrecha relación entre la historia y el patriotismo. “No hay cosa más necesaria –dice– que repetir de vez en cuando estos lugares comunes de fecundidad moral eterna. La patria es una creación. Supone, no sólo la cooperación de todos los compatriotas contemporáneos, sino la mancomunidad de todas las generaciones sucesivas. Vive de dos cultos igualmente sagrados, el del recuerdo y el de la esperanza, el de los muertos y el del ideal proyectado en lo venidero. Estas dos facetas de la idea de patria están indisolublemente unidas, y es cada una de ellas condición recíproca de la otra. Patriotismo endeble y ruin, indigno de tan alto nombre sería el que, absorto en las pequeñeces y miserias

presentes, no concibiera otra imagen del Perú, que la enfermiza y melancólica de hoy, olvidara o descuidara los fines hereditarios y seculares de nuestro país, y dejara caer de las débiles manos la santa cadena de la tradición nacional. El Perú que debemos estudiar y amar no es sólo el de ahora: muy imperfecto sería nuestro conocimiento y muy tibio nuestro amor si no se dilataran en el ámbito de los tiempos pretéritos. (...) La nacionalidad peruana no estará definitivamente constituida mientras en la conciencia pública y en las costumbres no se imponga la imprescindible solidaridad y confraternidad entre los blancos y mestizos y los indios. No hay raza de las que habitan el territorio ni hay época de los sucesos realizados en él que puedan considerarse ajenos a nuestra idea de patria y cuyo olvido o desprecio no enflaquezca y menoscabe el sentimiento nacional. El estudio de todas ellas debe integrar y ahondar el patriotismo, porque todas ellas componen el cuerpo y el alma del Perú". Y concluye: "La aplicación a los estudios históricos y la reanimación por ellos del sentimiento patriótico han sido siempre y dondequiera la preparación indispensable para la regeneración positiva de un pueblo, su consolidación interna y el restablecimiento de su prestigio exterior".

Víctor Andrés Belaunde, el sociólogo y pensador político más notable de la generación del Novecientos, fue presidente de nuestra Academia en 1946; catedrático y decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica y luego su rector interino a la muerte del P. Jorge Dintilhac. Llegó a ser Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1959.

Es de sobra conocida su versación histórica y la importancia que siempre le asignó a la enseñanza de la historia como factor esencial de la peruanidad. De los numerosos textos alusivos a este tema, he elegido dos: uno, su vibrante alocución a los universitarios de 1919, que termina con la invocación "¡queremos patria!"; y el otro, de 1954, al concluir el I Congreso Nacional de Historia.

"Atrás las utopías imitativas –decía Belaunde en 1919–, que en su afán de destrucción comprometen nuestra misma existencia. Atrás sobre todo las tendencias de disociación y fraccionamiento, intento criminal contra la unidad intangible de la patria. El radicalismo y el federalismo, en este momento histórico, o son nombres que ocultan intereses inconfesables, o manifestaciones inofensivas de una gastada literatura política. Necesitamos robustecer el sentimiento nacional, esto que se llama el alma nacional, y que sólo formará la universidad el día que estudie nuestra geografía y nuestra historia política y económica más seriamente y por medio de disciplinas especiales. Nuestro sentimiento nacional es débil, porque no queremos la tierra, ni tenemos el culto de los muertos. Marchamos distraídos y solos. Somos desarraigados. El amor de la tierra es necesario; la tierra no sólo es la madre cariñosa que proporciona al cuerpo el sustento material...

sino que suscita en el espíritu los sentimientos superiores. Amemos a los muertos; sus sombras auspiciosas acompañarán nuestra marcha con el ejemplo de sus virtudes y hasta con la sanción de sus errores”.

Treinticinco años más tarde, vuelve Víctor Andrés Belaunde al meollo de su pensamiento peruano. “La historia republicana –dice– confirma la verdad de que la vida democrática, caracterizada por la libre discusión y el fervor proselitista, exige más que otra forma de gobierno la acentuación de elementos comunes, de principios de general asentimiento para que no se debilite ni desintegre el alma nacional... La obra educativa, la influencia institucional y la misma política del Gobierno deben orientarse a destacar los puntos de acuerdo, las bases del general asentimiento, dejando sólo el necesario dinamismo al ritmo de las fuerzas de estabilidad y de progreso, de conservación y de cambio. La crisis de nuestra cultura ha coincidido con la escisión o división y por ende el debilitamiento de la conciencia nacional en los pueblos hermanos de Europa, víctimas de un dualismo en su alma colectiva frente a la unificación producida en otros pueblos por el mito racial o el mito demagógico. También esa tendencia escisionista y desintegradora se ha presentado en el Perú. Tiene un remedio: el ahondar en las enseñanzas de nuestra historia, que a pesar de los contrastes episódicos va señalando una admirable y fecunda continuidad vital. El estudio de la historia patria tiene la inmensa e incomparable ventaja de presentar a la juventud los elementos, los principios, las ideas y las instituciones que constituyen un innegable patrimonio común”.

Rubén Vargas Ugarte fue un insigne historiador nacido en Lima en 1886. Fue profesor desde muy joven en los colegios jesuitas de Málaga, Sucre, La Paz y Lima, luego en la Universidad Católica de Lima, de la que fue Rector de 1947 a 1952; pero es en la investigación histórica donde logró cumplir un arduo y perseverante trabajo de recopilación y publicación de documentos sobre nuestra historia, tanto civil como eclesiástica. En su *Manual de Estudios Peruanistas*, de obligada consulta para quienes quieren dedicarse a la historia, señala la necesidad urgente del conocimiento del pasado en las escuelas, colegios y universidades. No está de acuerdo con la fijación de un texto oficial único, ni con los métodos centrados en el memorismo o el “embrutecedor” dictado, ni siquiera con involucrar el estudio de la historia patria “junto con el de la historia de América”. En nuestro país hay –dice Vargas Ugarte– grandes deficiencias en la formación histórica escolar. Si eso ocurría hacia 1940, ¿qué se podrá decir ahora, comenzado el siglo XXI, como podemos certificarlo los profesores de historia de las actuales generaciones? Recurriendo al viejo aforismo de que no se ama lo que no se conoce; si no hay conocimiento de la historia del Perú, ¿cómo se lo amará?

“A mi modo de ver –continúa diciendo el P. Vargas– una de las primeras y más fatales [consecuencias] de la ignorancia de la historia patria es esa carencia

de noble altivez y de legítimo orgullo que cada cual debe sentir, al reconocerse ciudadano de su patria. Desconociendo lo bueno que hay en ella, no teniendo aprecio por los hombres que la han ilustrado, poseyendo una visión imperfecta de su historia y de la misión que en el concierto de los pueblos le corresponde, ¿cómo enorgullecerse de haber nacido en su suelo y de estar destinado a contribuir a sus destinos?” “No saber lo de afuera, decía el cronista Lorenzo Galíndez de Carvajal, no es culpa, aunque saberlo sea loable, pero no saber lo que pasó en la propia patria es no sólo culpa más torpeza”. Y sobre torpeza, signo de decadencia, añadimos nosotros, porque si la pérdida de la memoria es síntoma de debilidad senil, el olvido de la Historia es señal de agotamiento del civismo, porque la historia es la memoria de los pueblos (*Manual*, p. 25).

La fervorosa peruanidad del padre Vargas, así como su conocimiento de lo que fue la guerra con Chile, le hacen decir: “Si a esos héroes anónimos que en San Francisco murieron abrazados a los cañones del enemigo, o a los que en Arica y Huamachuco sucumbieron hasta quemar el último cartucho, alguno les hubiese dicho que la patria es un convencionalismo; que la guerra no es más que una lucha de intereses; que ni hay Dios ni una recompensa más allá de la tumba; que todo acaba con la muerte, ni hay más instantes de goce que los efímeros de esta vida, ¿creéis que hubieran inmolado sus vidas en aras de la patria y muerto por el cumplimiento del deber?” (*Sembrando la semilla*, p. 17).

La obra histórica y docente del padre Vargas Ugarte estuvo orientada al servicio de los valores éticos y trascendentes que se plasman en la vida de las personas y de la colectividad nacional.

En la generación del Centenario de la Independencia se destacaron nítidamente dos académicos de nuestra Corporación que fueron eximios maestros. Me refiero a Raúl Porras Barrenechea y Jorge Basadre Grohmann. Los dos sanmarquinos; los dos fueron animadores del célebre Conversatorio Universitario de 1919; asimismo profesores en colegios de Secundaria y en la Universidad. Y sus contribuciones son irremplazables en los campos de la Conquista y de la República. No puede, pues, faltar esta noche el recuerdo de sus lecciones de peruanidad, entendida desde la historia y a través de la historia. Además la circunstancia de realizarse este acto en el hemiciclo que lleva el nombre de Raúl Porras Barrenechea otorga un sentido especial a este grato homenaje del Congreso de la República a la Academia Nacional de la Historia. Porras ingresó en ella el 28 de junio de 1945, es decir, hace sesenta años. Basadre fue incorporado el año siguiente –1946–.

Nunca –ni en sus años de diplomático o de político– perdió Porras el afecto y hasta la nostalgia por la enseñanza de la historia en el nivel escolar. Y es que

—al igual que Basadre— estaba convencido de la trascendencia de ese magisterio esencial, al que ambos dieron prestigio y lustre. En un emotivo discurso pronunciado en el Colegio América hace 62 años, expresó: “No puede haber —no hay a mi juicio— mayor placer, ni mayor honra espiritual, que ser maestro de segunda enseñanza. Para serlo no bastan diplomas ni títulos académicos; son necesarios ante todo amor y vocación. No se puede enseñar —ha dicho Tagore, el dulce maestro de la escuela de Bengala— sino aquello que se ama o sea aquello que guarda para nosotros algo de poesía y de misterio. Yo he enseñado únicamente historia —e historia del Perú, que también, por la vocación especial de nuestro pueblo es historia de América— con el profundo deseo de recoger de la historia nuestra, todavía insegura y borrosa, las esencias morales que definen a nuestra patria y que sustentan en el alma de todos nosotros la conciencia y el orgullo inexplicado de ser peruanos. Mi experiencia de profesor me dice que no hay laboratorio ni templo que supere a la clase de historia para la forjación del espíritu de la nacionalidad. En la clase de historia patria el silencio se hace solo, sin disciplinas ni castigos, por la sola presencia de las sombras heroicas que surgen del pasado, por el relato que aprieta el corazón de los niños con la emoción del triunfo o del dolor de la patria, del error que se pudo evitar, del sacrificio o la osadía que engrandecen la hora de la abnegación o de la solitaria figura moral que se yergue, contra la barbarie o la fuerza, en defensa de la libertad o del débil. En ese silencio repentino de las clases de historia, en que los más bulliciosos e inquietos fijan la mirada y el pensamiento en el ejemplo puro que pasa únicamente por la voz del profesor como una fuerza misteriosa y sagrada, está el sople creador de la nacionalidad. Para vivir la hora futura y póstuma de esa lección lucharon los apóstoles y murieron los héroes. La historia, que es “la forma suprema de la simpatía humana”, recoge todos aquellos rastros dispersos de una misma luz, y en el ambiente lleno de una nueva vida y pujanza de la clase lo hace nuevamente dolor y alegría, angustia, admiración o protesta. En esa comunión entre pasado y presente, entre la niñez y los héroes se va forjando diariamente la imagen de la patria”.

Llegamos finalmente a evocar la prestancia del maestro de la historia republicana, Jorge Basadre Grohmann. Hemos celebrado hace poco tiempo el primer centenario de su nacimiento, y es mucho y muy excelente cuanto se ha dicho de él y de su obra gigantesca como historiador y señalador de rumbos. Una y otra vez habrá que seguir reiterando, en las horas difíciles de la vida de la patria, sus mensajes magistrales, la invocación a la unidad y a la solidaridad, al cultivo y a la difusión —veraz y sincera— de nuestra historia y —por qué no decirlo— sus severas admoniciones a aquellos que olvidan o soslayan la importancia de tal enseñanza en las aulas escolares, universitarias y de los institutos armados.

En una conferencia para maestros en la Escuela Normal en el año 1952, pudo expresarse Basadre sobre el tema —para él tan entrañable— de la enseñanza

de la historia del Perú. Así se titulaba un largo texto, que es ya un testimonio antológico. Reconoce allí don Jorge que el problema no es sólo ni principalmente cuestión del número de horas dedicadas a la asignatura. Se trata más bien de contar con profesores bien preparados, bien orientados, entusiastas, con mística y convencimiento de la importancia de los cursos de historia. “No puede existir educación sin base filosófica –dijo en esa ocasión–. No puede enseñarse la historia del Perú sin una filosofía de la historia del Perú... Queremos nuevas gentes con conciencia del destino nacional y universal, con fe en lo que puede y debe ser el Perú, con la aspiración de ascender en capacidad y potencia manteniendo, a pesar de todos los obstáculos y a pesar de todas las desilusiones, el respeto de lo que es intangible y la voluntad de cambiar lo que es reformable, y la habilidad para coordinar una y otra aptitud”.

Debo concluir. De esta lectura de páginas selectas de académicos ilustres, todos ellos de indudable sentido peruanista, sólida preparación, talante pedagógico y sentido ético, podemos comprobar la asombrosa unanimidad de sus testimonios acerca de la estrecha vinculación de la enseñanza de historia con la identidad nacional. Esta convergencia que acabamos de describir queda muy bien resumida en las palabras con las que el Presidente de la República José Pardo y Barreda instaló solemnemente el Instituto Histórico del Perú el 29 de julio de 1905. “En la labor de estímulo de parte del Estado a la cultura nacional el estudio de la historia patria es el que debe tener lugar preferente, porque de las ramas del saber, es la que tiene mayores vínculos, la que concurre con mayor influencia a formar el carácter nacional. Su origen y sus tradiciones; sus glorias y sus desastres; sus experiencias que le presentan valiosas enseñanzas; todo lo que forma los recuerdos y los ideales de un pueblo; su presente y su pasado; el secreto de su porvenir, es el vasto campo donde se desarrolla el estudio de la historia nacional”.

Es tonificante repetir las hoy en este lugar como si estuviésemos contemplando también el hilo áureo de nuestra identidad institucional.

Muchas gracias.

El agradecimiento de la Academia al Congreso de la República fue expresado luego por don José A. de la Puente Candamo.

* Maestros que no consideran que el Perú es un exceso semántico o un abuso del lenguaje.

Discurso del Presidente de la Academia

Señora segunda Vicepresidenta del Congreso de la República,
Señor Congresista Luis Alva Castro,
Señores Congresistas,
Señor representante del Ministro de Educación,
Señores académicos,
Señoras y señores:

Debo expresar esta noche el agradecimiento de la Academia Nacional de la Historia al Congreso de la República por el acto que hoy nos convoca en ocasión del centenario de nuestra Corporación.

La Academia Nacional de la Historia nació en 1905, creada por el Presidente de la República José Pardo y Barreda, hombre preocupado por los asuntos intelectuales y sociales del país; y por su Ministro de Instrucción, Jorge Polar, ilustre maestro arequipeño.

Están presentes en el mismo núcleo de la nueva Academia dos ideas centrales: perfeccionar el conocimiento de la historia del Perú y asesorar al Estado en las materias de su competencia.

Sin apoyo material alguno, la Academia Nacional de la Historia, a través de las investigaciones y estudios de sus miembros de número y correspondientes, ha enriquecido la historiografía peruana. Sin considerar ediciones singulares importantes, la *Revista Histórica*, nuestro órgano oficial, que apareció por primera vez en 1906 y continúa su presencia entre nosotros, en sus ediciones sucesivas registra los nombres de los historiadores mayores y de las nuevas vocaciones. Investigadores de una y otra tendencia intelectual, de especialidades distintas en el campo de la historia, pertenecen a la nómina de nuestros miembros de número, cuya contribución no puede omitirse en un análisis crítico de los estudios históricos en el siglo XX.

Es oportuno decir en esta sesión cómo distinguidos miembros de número de la Academia fueron –en distintas épocas– diputados o senadores del Congreso que hoy nos acoge. Pienso –para mencionar sólo algunos casos singulares– cómo en la Asamblea Constituyente de 1931 están presentes colegas nuestros: Víctor Andrés Belaunde y Luis Alberto Sánchez, que polemizaron en esta Casa con inteligencia y fervor; o como Raúl Porras Barrenechea, quien en este recinto del antiguo Senado que hoy se distingue con su nombre, disertó con fundamento y señorío acerca de la historia y del presente del Perú. Igualmente fueron ilustres parlamentarios José Gálvez Barrenechea, el poeta de la juventud en la generación del novecientos; Julio C. Tello, a quien tanto debe el portentoso desarrollo

de la arqueología peruana del siglo XX; Alberto Ulloa Sotomayor, maestro universitario e internacionalista; Emilio Romero, estudioso de nuestra historia y geografía económica; Jorge Polar Vargas, quien fuera diputado por Cailloma entre los siglos XIX y XX, y quien firmó como Ministro de Instrucción del gobierno de Pardo el decreto de creación de nuestra Academia; Javier Prado y Ugarteche, senador por Lima en la segunda década del siglo XX y rector de la Universidad de San Marcos.

Recordamos asimismo a Modesto Basadre, que representó a Tacna en la Cámara de Diputados; Mariano H. Cornejo; Juan Norberto Eléspuru, José Augusto de Izcue, Víctor Manuel Maúrtua. En fin, aquí en esta Casa ha estado y está presente el conocimiento de la historia del Perú, de modo expreso o directo, o como fundamento de situaciones políticas diversas.

Pienso que el acto de esta noche puede entenderse como un elogio de la historia. Y de verdad –no es frase vacía decirlo– el conocimiento de la historia y de su vigencia consciente es factor fundamental en la vida de una nación. La persona humana tiene una dimensión histórica que le es inherente. La historia reside en el hombre mismo, en su sangre, en su intimidad.

Desde su nacimiento el futuro ciudadano accede, sin advertirlo racionalmente, pero con plena fortaleza y dinamismo, a un conjunto de palabras que forma un lenguaje; a un variado mundo de actitudes simples y reiteradas que integran unas costumbres; a un conjunto de afecto hacia los padres, los hermanos, los parientes mayores y el paisaje circundante y los fenómenos naturales más notorios en la propia provincia, que pertenece a los cariños iniciales de la vida, y que en la vejez se recuerdan con nostalgia. Progresivamente, con el transcurso de los años, el hombre aprecia los conceptos que ha recibido en la enseñanza o en el ejemplo y se enriquece lo que podríamos tipificar como la memoria común de un pueblo. Todo este proceso –que es un desarrollo histórico– ha formado al hombre peruano en la vida cotidiana entre el hombre andino, el español y el africano.

Ahí, en esa vida común, no sin fricciones, injusticias y virtudes, nació un nuevo estilo de hombre, una geografía peculiar, una nueva forma de alimentación, un lenguaje enriquecido con nuevos sustantivos, una expresión artística singular, una jerarquía de valores sociales, éticos, religiosos, que nutren la vida humana desde la niñez. Nació el Perú, síntesis viviente, en afirmación que Víctor Andrés Belaunde defendía con inteligencia y brillo singular. El Perú, como toda vieja sociedad, nació en la historia y es fruto de ella misma. Conocerla y vivirla es una exigencia de todos los días.

¿Por qué y para qué estudiamos historia? es la pregunta que no es raro escuchar en el aula. Se estudia para conocer mejor, para entender cabalmente a la propia familia, para comprender el barrio y el pueblo; en suma, para captar mejor el origen y naturaleza del mundo al que pertenece el hombre por su origen y nacimiento. La persona humana no vive como un ser impreciso, desvinculado, sin raíces y sin vocación. La historia en la cual nació integra de modo implícito su nombre y apellido.

El conocimiento cabal de nuestra historia debe vencer la ignorancia y el desdén de nuestros días. La seguridad frente a nuestras viejas raíces debe derrotar el pesimismo que nos disgrega. Una conciencia histórica sólida, un conocimiento reflexivo del pasado, nos permitirá vivir con serenidad nuestra calidad de peruanos.

Ser peruano –y esto nos lo enseña la historia– no es algo efímero o aleatorio. Es más, mucho más, que un documento de identidad. Es un compromiso con muchos siglos y generaciones; es una asociación de sangres, de memorias de tiempos felices y de horas de infortunio y de injusticias. Todo lo que ha pasado en el Perú le pertenece: lo bueno, lo dudoso, lo adverso. Está presente el Perú en el acento del lenguaje, en el uso de sustantivos que nacieron en la vida; en la reserva y discreción de las actitudes, en la sensibilidad de las respuestas; en la vivencia artística y en las formas externas de las creencias religiosas. El ingreso en la globalización debe desarrollarse sin abdicar de la categoría intelectual y afectiva de peruano.

Ser peruano no es una calidad rígida, estática, idéntica como las imágenes en un espejo. Hay muchas formas de ser peruano. La geografía de una y otra provincia; la historia prehispánica de la región; las circunstancias posteriores de la vida imprimen un sello específico sobre el común denominador de ser peruano.

La educación, que tanto ha declinado en las últimas décadas (y no sólo la instrucción), es el camino para fortalecer la unidad de lo peruano, sin desconocer –como en todo pueblo viejo– las peculiaridades de uno y otro medio. Debemos insistir con énfasis en lo que nos une. No subrayar o alentar –por una u otra razón– lo que nos pueda dividir.

Las nuevas generaciones deben esforzarse por robustecer la educación del hombre andino de la puna más recóndita y del hombre amazónico, sin desconocer sus propias características, que por las comunicaciones de nuestro tiempo pueden integrarse hoy a la plena comunidad de lo peruano. En suma, la Academia Nacional de la Historia entiende que esta sesión es un acto de fe en el Perú.

Sesión solemne en la Casa de Osambela

El viernes 15 de julio se efectuó la celebración central del Centenario. Entre la numerosa concurrencia, que llenó el auditorio de la Casa de Osambela, se hallaban los presidentes de las Academias nacionales: de Medicina (doctor León Barúa), de Derecho (doctor Fernando Vidal Ramírez), de la Lengua (doctor Marco Martos) y el congresista Luis Alva Castro. El Secretario de la Academia, profesor César Gutiérrez, dio lectura al decreto supremo de fundación y a la relación de académicos fallecidos en el siglo transcurrido. El P. Armando Nieto hizo un sentido recuerdo de don Guillermo Lohmann Villena (que había fallecido la noche anterior). Luego de las palabras de saludo del Presidente de la Academia, el numerario Fernando Silva Santisteban leyó el discurso de orden, cuyo texto completo se publica en este mismo tomo de la *Revista Histórica* (p. 9-17).

Congreso Nacional de Historia

Con el subtítulo de “Pueblos, provincias y regiones en la historia del Perú” se realizó en la Casa de Osambela este importante certamen como una de las actividades de más trascendencia durante el año del Centenario de nuestra Corporación.

El Congreso fue inaugurado el 26 de octubre de 2005, contando para ello con la valiosa colaboración del Consorcio de Universidades y con los auspicios del Banco de Crédito del Perú, el Instituto Riva-Agüero y la Compañía de Minas Buenaventura. En el curso de la sesión inaugural se presentó el tomo XLI de la *Revista Histórica* y se proyectó un video preparado con ocasión del Centenario por la profesora María Salinas Blanco.

Llegaron para participar en el Congreso treintinueve ponentes, que presentaron sus comunicaciones referentes a diversos aspectos de los departamentos de Ayacucho, Lima, Callao, Tumbes, Piura, Huancavelica, Arequipa, La Libertad, Puno, Tacna, Loreto, Lambayeque, Cuzco, Amazonas, San Martín, Cajamarca, Pasco, Ucayali, Moquegua, Huánuco, Junín y Ancash.

La comisión organizadora estuvo integrada por los miembros de número Scarlett O'Phelan, Julián Heras, Carlos Peñaherrera y Lorenzo Huertas.

El conjunto de ponencias y comunicaciones ha sido editado en un volumen especial.

La enseñanza de la historia

Cumpliendo sus fines institucionales, la Academia Nacional de la Historia ha seguido promoviendo —de diversas maneras— la difusión de la historia patria, sobre todo en los niveles de la formación escolar. Creemos que la ausencia de la historia del Perú como asignatura independiente es un error lamentable de la política educativa. Transcribimos a continuación el artículo del recordado académico venezolano Arturo Uslar Pietri, aparecido en “El Comercio” de Lima del 23 de setiembre de 1984 y que no ha perdido actualidad.

Una mañana sin historia

La historia es la base fundamental de la conciencia nacional de los pueblos. Todo el desarrollo del gran hecho de los últimos siglos, que es el surgimiento de la idea nacional, está ligado íntimamente con una cierta visión del pasado. Es ella la que da, más que ninguna otra disciplina, el sentimiento de pertenencia a la comunidad, de raíz propia y de identidad específica.

Los pueblos que han hecho historia grande son los que más claramente han tenido una noción poderosa de su propio pasado. Homero forjó el alma griega con sus grandes poemas épicos. Fueron para este pueblo admirable la guía y el ejemplo de lo que podían y debían hacer. La base de la educación helénica estaba en esos poemas que enseñaban lo que significaba ser griego y lo que debía y podía hacer un griego. Aquiles y Ulises presidieron la conciencia de ese mundo por un milenio o más.

Los cantares de Gesta, que eran la historia válida y conocida para los pueblos de Occidente, contribuyeron decisivamente a formar la idea de nacionalidad propia. Roldán o El Cid no sólo daban noticia del pasado glorioso sino que formaban un patrón de conducta para todos. El romance español es una vasta crónica, en fragmentos, que le dio a su pueblo un sentimiento de herencia viva y actuante que mucho tuvo que ver con los grandes hechos que realizó desde el siglo XV.

Sería innecesario seguir aduciendo ejemplos que llegan hasta nuestros días.

El conocimiento de la propia historia es una de las principales fuerzas morales de las sociedades humanas y es la base insustituible de su sentimiento de identidad colectiva.

Un país, declarada y ostentosamente marxista, como la Unión Soviética, de la que se podría suponer, por la concepción internacional y global de los

problemas del hombre, lejos del nacionalismo que Marx consideraba casi como un prejuicio burgués, ha hecho de la enseñanza de la historia nacional la base fundamental de la educación. Por paradójico que parezca, los niños soviéticos aprenden desde su más tierna edad a admirar y enorgullecerse de Pedro el Grande y de la Gran Catalina, y hasta de Iván el Terrible, por encima de todo lo que tengan de contrario al puro dogma de la revolución mundial.

Recientemente el gobierno socialista de Francia decidió hacer de la enseñanza de la historia francesa la base fundamental de su sistema educativo.

Sin embargo, a pesar de todas estas evidencias innegables y abiertamente contra ellas, en los últimos años ha venido prosperando desde cierta pedagogía que se pretende moderna, el desdén por la historia nacional. En no pocos casos se ha llegado, ciegamente, a eliminarla casi por completo de la enseñanza primaria. En esa edad, tan importante para la formación del ser humano, no se trata específicamente de la historia de su país, sino que más bien se llega a escamotearla dentro de una pretendida enseñanza de elementos de ciencias sociales, con gran predominio por la actualidad política local y mundial.

Si esta aberración pedagógica llegara a prosperar, cosa imposible, tendríamos literalmente, países sin historia, privados de todo conocimiento suficiente de su propio pasado y sin noción válida de pertenecer a una nación por algo más que una disposición legislativa y sin base en la que fundar certeramente el sentimiento de patria.

Esos hombres sin memoria de su pasado, sin vínculo moral con la existencia secular de su propia colectividad, terminarán por ser individualidades aisladas, incoherentes y sin raíces. El daño puede ser inmenso y ocasionar las más negativas consecuencias en el destino de cualquier nación.

No se trata de exaltar un nacionalismo ciego y fanático, hecho a base de mentiras convencionales y odios hereditarios, sino de dar en la escuela el conocimiento básico y sólido de lo que es el propio país, de cómo ha llegado a ser lo que es y del sentido peculiar que ha determinado su evolución de pueblo. El nacionalismo cerril es un mal peligroso, pero la ausencia de sentimiento nacional es una mutilación atroz de la propia individualidad. Un hombre sin historia es un corcho que flota en la corriente sin saber de dónde viene ni a dónde puede dirigirse.

Si alguien quisiera destruir moralmente un país y privarlo de los resortes más importantes para su voluntad colectiva y para su lucha por el futuro, no tendría instrumento más eficaz que privarlo del conocimiento de su propio pasado. Es como provocar en el hombre la pérdida de su propia personalidad.

Por eso, cuando presencio estos ensayos de pedagogía avanzada, estos delirios de modernidad sin base, me lleno de horror. Si esa pedagogía sin historia llegara a imponerse, el mundo sería una torre de Babel, una inmensa pira de seres sin conexión y sin destino. Hombres que, en gran parte, han renunciado a todo lo que ha hecho y distinguido a los hombres.

ELOGIO DE DOÑA VICENTA CORTÉS ALONSO*

La presencia de la doctora Vicenta Cortés Alonso en la Academia Nacional de la Historia será a partir de hoy, sin duda alguna, enriquecedora, constante y muy amical, como lo es su antigua y muy estrecha relación con el Perú y con sus historiadores y archiveros, a muchos de los cuales conoció en el Archivo General de Indias y luego en los provechosos cursos de Madrid.

Doña Vicenta afirmó en una carta de 1988: La fidelidad peruana siempre me emociona, ya saben que correspondo con la misma moneda. Esta confesión de parte ya nos anuncia que como miembro correspondiente de nuestra Academia, corresponderá como lo hace desde hace más de tres décadas con el país que en 1980 la distinguió con la condecoración de la Orden "Al Mérito por Servicios Distinguidos" en el grado de Caballero.

Desde 1990 escribo una nota que se alarga con el tiempo. Se titula *Vicenta Cortés Alonso y el Perú: curriculum vitae archivístico*. Ha sido publicada varias veces, pero con inmediata desactualización, pues el vínculo dinámico de doña Vicenta con nosotros no da tregua. Las novedades por incluir se suceden una tras otra, como el nutrido programa que ha desarrollado esta semana en Lima y en el que se incluye esta ceremonia de incorporación.

Su responsabilidad profesional se puede graficar con un hecho. Mejor dicho, con un accidente. El 18 de junio de 1980 resbaló en la antesala del despacho del Jefe del Archivo General de la Nación. Sufrió la fractura del húmero derecho, lo que la mantuvo con un aparatoso enyesado. Pese a la enorme molestia que eso significaba continuó con admirable entereza y buen ánimo la misión encomendada por la UNESCO. Fruto de esa tarea fue su decisivo informe *Perú. Sistema Nacional de Archivos y Gestión de Documentos: RAMP. Proyecto piloto* (París, 1981), que cambió para bien nuestra historia archivística.

* Reconocida como miembro correspondiente en la sesión del 13 de mayo de 2004.

Aunque su bibliografía es vasta y variada quiero destacar cuatro títulos a modo de ejemplo: “El valor de las palabras y la lectura de documentos antiguos: el bando emancipador de Túpac Amaru”, “Guillermo Durand y la esperanza”, “El Perú, los archivos y Mario Cárdenas Ayaipoma” y “La lectura y la escritura en Guamán Poma: una política de buen gobierno”.

No puedo dejar de mencionar su importantísima labor docente en favor de los archiveros latinoamericanos y, de manera especial, de los peruanos, realizada tanto en su España natal como aquí mismo. El lunes último, el alumno presidente de la promoción 2005 “Vicenta Cortés Alonso” de la Escuela Nacional de Archiveros, D. Roberto Zuloeta Arroyo, la llamó como desde hace mucho tiempo le repetimos los mayores: ¡Maestra! Su ilustre nombre está asociado también a un aula de la Escuela, al número 21 de la *Revista del Archivo General de la Nación*, a exposiciones de su obra y a otros homenajes y membresías que prueban el reconocimiento y el cariño que doña Vicenta suscita con todo merecimiento entre sus discípulos y admiradores del Perú.

Al dar la más cordial bienvenida a doña Vicenta en nombre de la Academia, quedo seguro de que ella estará muy cerca de nosotros con sus escritos, con sus aportes historiográficos y archivísticos y con su enorme experiencia profesional. Muchas gracias por acompañarnos.

Casa de Osambela (Lima), 13 de mayo del 2004.